

Si de hacer milagros se trata...

Hace frío esta tarde de octubre en la ciudad más grande del mundo. En la esquina de la Avenida Hidalgo y la calle de Zarco, a la vera del Paseo de la Reforma, tiene lugar un suceso recurrente mes con mes desde hace muchos años. En el acontecimiento se unen la fe religiosa, las huellas indelebles de la historia mexicana, la desesperación existencial y la evidencia de situaciones apremiantes, reales y concretas. También la superstición se hace presente. No obstante el carácter solemne de la escena, aparecen momentos de buen humor involuntario. Sumida en el inevitable ruido de la gran urbe, una multitud se congrega en torno de una imagen santa, con la esperanza de que sus problemas cotidianos se resuelvan.

El acontecimiento ocurre en el templo de San Hipólito. Por ser hoy 28 de octubre la fe y el gentío prácticamente se duplican. No se piense, sin embargo, que la muchedumbre acude a venerar al santo mártir que le da nombre a la iglesia. En vida este santo fue un soldado romano convertido al cristianismo y más tarde, en cierto sentido, fue patrono de los conquistadores españoles. En efecto, "... y así, preso este señor [Cuauhtémoc] —relató Cortés al rey de España—, luego en este punto cesó la guerra, a la cual quiso Dios Nuestro Señor dar conclusión martes, día de San Hipólito, 13 de agosto de 1521 años". Por lo que representaba esa fecha a partir de entonces san Hipólito fue considerado el patrono de la Ciudad de México, capital de la Nueva España. Hoy poco importa este santo pues el 28 de octubre es la fiesta de las fiestas de san Judas Tadeo, en definitiva el santo más importante del templo que lleva el nombre del procurador celestial de los conquistadores.

San Judas Tadeo ha incrementado su fama y popularidad en la segunda mitad de nuestro siglo, particularmente en la Ciudad de México. Cientos y cientos de personas abarrotan el templo de San Hipólito el día que se le venera. Se acercan a él para cumplir una manda, agradecerle la solución de un problema verdaderamente complicado y, sobre todo, para pedirle que les conceda un milagro, uno más en la cuenta de este santo que para hacer milagritos (cuando hacen tanta falta) se pinta solo. Ninguno como *sanjuditas* en tiempos aciagos porque él es el "santo patrón en casos difíciles y humanamente desesperados" (*Novena a san Judas Tadeo*).

El 28 de cada mes varios feligreses esperan a que se abran las puertas de la iglesia de San Hipólito desde la madrugada. Quieren estar cerca de su santo benefactor y si hay tiempo escuchar la misa santa. Al caer la tarde aumenta el gentío. Muchos se aparecerán para rezarle desde afuera del templo al apóstol san Judas, mártir cortado en pedacitos en Babilonia (se presume que a consecuencia de una descarga de hachazos), como castigo a su inquebrantable fe; murió pues el hombre de comprobada santidad y de indudable martirio, el 28 de octubre del año 78 de nuestra era.

De todos los rumbos de la ciudad, de varias partes del país, arriban mujeres y hombres a iglesia que resguarda la efigie del popular santo; es un conjunto de seres de todas las edades y niveles económicos, aunque predominan las clases media y media baja. Una mujer rayando los cincuenta ha llegado hoy de Tula para venerar al santito y solicitarle un favor más. "Hay que tener mucha fe, rezarle con mucha fe todos los días y sí te lo concede." Como cientos de personas más, forma parte de una de las filas dudosas que esperan entrar a misa de siete, una de las tantas celebraciones solemnes que acontecen este día en honor de san

Judas. La mujer lleva aguardando cerca de media hora; tendrá que esperar un lapso igual para entrar. "Y después de la misa me regreso a Tula."

La escultura de san Judas Tadeo, de aproximadamente ciento cincuenta centímetros de altura, destaca en el centro del altar, flanqueada por dos columnas de mármol; puede apreciarse desde afuera del templo, arriba de esa cajita fuerte (tabernáculo) de donde el padre oficiante extrae el sagrado alimento con el que la lengua de todo buen cristiano ha batallado alguna vez; mientras el comulgante agradece a Dios busca deglutir la carne de Cristo, humedecida en su sangre.

El frío, el smog, los claxons, el ruido de motores no son obstáculo para la concentración que muestran los rostros de muchos feligreses afuera del templo. Alrededor de setenta metros separan la imagen de san Judas de la entrada de la iglesia. En plena Avenida Hidalgo, con el atrio de por medio, visitantes instalados frente a las puertas del recinto ven a lo lejos la efigie del santo apóstol. Un muchacho se detiene unos momentos frente al templo; con una mano sostiene unos portafolios; con la otra una bolsa de pan; antes de llegar a casa hay que buscar las bendiciones de *sanjuditas*. Un matrimonio joven emprende el regreso a casa empujando la carriola de su bebé.

Es difícil saber con exactitud el año en que empezó el fervor masivo por san Judas Tadeo. Sin embargo, un folleto publicado por los misioneros clarentianos establecidos en San Hipólito, permite saber que esta congregación se ha encargado de difundir "la devoción al milagrosísimo san Judas Tadeo". A partir de 1892, año en que la orden recibió como sede este templo, "la misión ha dado frutos insospechados". En efecto, el folleto *Cien años en San Hipólito 1892-1992* señala que los misioneros clarentianos han tenido cuidado de que el apóstol mártir se encuentre a gusto en esta iglesia: "Primero en una capilla para él, especialmente dispuesta, y luego en el baldaquino, donde hoy luce, con una iluminación especial."

El paso del tiempo, la contaminación, los vendedores ambulantes, el avance de la pauperización en esta zona de la ciudad se esfuerzan por dañar la belleza del templo, sobre todo de su fachada, su atrio, la valiosa estructura en piedra que se halla en su esquina y las áreas de peatones próximas a él. Hoy es fecha poco propicia para apreciar las características de esta construcción colonial. El fervor religioso, mezclado con lazos que sostienen plásticos de puestos y uno que otro adorno floral, impiden la calma necesaria para observar los elementos arquitectónicos que la distinguen. Sin embargo, entre el paso de la gente y las tiendecillas portátiles (algunas de veladoras, milagritos, efigies, estampitas y oraciones a san Judas; otras de antojitos, dulces, lotería, etcétera) es posible acercarse unos momentos a la esquina del atrio, levantar la mirada y percatarse del letrero que remata la construcción de piedra de esta esquina. Una capilla, nos dice la inscripción, fue el antecedente del templo de San Hipólito: "Tal fue la mortandad que en este lugar hicieron los aztecas a los españoles la noche del día 1º de julio de 1520 llamado por esto 'Noche Triste' que después de haber entrado triunfantes a esta ciudad, los conquistadores al año siguiente resolvieron edificar aquí una ermita, que llamaron de los mártires; y la dedicaron a s. Hipólito..." Abajo de la explicación hay un relieve que "esculpe la leyenda de origen azteca relativa a un sueño profético del emperador Moctezuma" (Salvador Novo). La obra, al alcance de la mano de quienes transitan por la acera, cubierta parcialmente por un puesto de dulces en días normales, se compone de un indio que es levantado por un águila enorme; la escena se halla decorada con armas de los antiguos mexicanos. El sueño profético al que alude, según el folleto sobre la iglesia de San Hipólito, significa que los días de Moctezuma y su imperio estaban contados. Hoy 28 el indio de la profecía labrada sostiene con su brazo derecho lazos de adornos y plásticos que cubren puestos callejeros.

En tiempos del Virreinato hubo pocos actos civiles y religiosos tan solemnes y llamativos como la procesión en agradecimiento a san Hipólito, que en un principio probablemente estuvo encabezada por el mismo Hernán Cortés. Salvador Novo escribe que "hasta el siglo XIX fue la iglesia de San Hipólito el punto final del lucido Paseo del Pendón, desfile al que concurrían desde el Palacio Virreinal, y por las calles muy adornadas, las autoridades militares, eclesiásticas y civiles de la ciudad encabezadas por el virrey en conmemoración del triunfo de las armas españolas sobre los indios".

La antigua ermita de los Mártires, en honor de san Hipólito, "fue sustituida por un templo cuya construcción tardía se terminó en 1739". Más tarde, en 1777, esta iglesia fue reparada y embellecida (Antonio García Cubas). Desde el siglo XIX los misioneros clarentianos han promovido diversos trabajos de conservación y remodelación del templo. En este sentido, han continuado la labor de la congregación que los precedió, la Orden de los Hipólitos, cuyos miembros originales se establecieron en la antigua ermita desde el siglo XVI. Su fundador, fray Bernardino Álvarez, fue el impulsor del proyecto de construcción del convento y el hospital de San Hipólito, este último ubicado en el edificio contiguo a la iglesia, que hoy también permanece sobre la Avenida Hidalgo. El hospital estuvo dedicado en un principio al cuidado de "pobres enfermos, viejos y locos" y pocos años después de su establecimiento definitivo, a la atención exclusiva de dementes (Manuel Orozco y Berra). En los años setentas de nuestro siglo, se llevaron a cabo los trabajos pertinentes para que el templo recobrara su nivel original, muy por debajo del existente hasta esos momentos. Entre los sorprendentes hallazgos producto de tal actividad, los obreros encontraron bajo el piso "los entierros de aquéllos que fueron considerados por los conquistadores como 'mártires' de la Noche Triste" (*Cien años en San Hipólito...*).

En la vida cotidiana en México y, por consiguiente, en innumerables hechos significativos de nuestra historia, es recurrente la invocación, el recuerdo y la alusión a los santos. Creyentes y no-creyentes acompañan frecuentemente sus conversaciones, bromas, actitudes, percepciones y sentires con la mención o la imagen mental o verbalizada de algún santo. Y es que si bien a los no-católicos poco les importa que "los santos sean amigos de Dios, instrumentos escogidos en manos de Quien rige el mundo" (Wilhelm Schamoni), a casi todos los mexicanos (y a las comunidades católicas del orbe entero), inmersos en una iconografía hagiográfica cuatro veces centenaria, les "llega" de algún modo (y por algún lado) la presencia de los santos: ¿cuántos jóvenes o señoritas, adultos o solteras no se han postrado ante la imagen de algún personaje santo, martirizado, semidesnudo, virgen inclusive, de rostro perfecto, mirada sublime y cuerpo bien provisto, sintiendo emociones poco dignas del fervor immaculado que merece tal personaje? Digamos que ningún santo es feo y todas las santas, buenas, sobre todo las vírgenes, muestran especial belleza.

A través de la historia, el poder eclesiástico ha asumido constantemente la responsabilidad de poner límites al gusto de los artistas por recrear cuerpos, rostros y actitudes de los santos. Por ejemplo, en el Renacimiento se extendió "un nuevo gusto por las formas clásicas: el virtuosismo del taller, los detalles naturalistas, el desnudo". Entonces "la Iglesia se ve obligada a intervenir para atajar extralimitaciones" (Pbro. Juan Ferrando Roig).

¿Cuántos no se han acogido a algún santo o santa, incluso por costumbre, tradición o superstición? A pesar de que según la Iglesia algunos santos no lo son tanto o nunca lo fueron en realidad, a pesar de que otros estén de capa caída o fuera de moda, es difícil en esta época del "no me hallo" en la casa-mundo que compartimos todos, evitar en algún momento la evocación de algún santo; en estos tiempos de "entrada por salida" en relaciones amorosas, trabajos, posturas ideológicas y espirituales, invocar al santo adecuado tal vez sea un buen recurso: "con suerte y se nos hace el milagrito".

Para un buen cristiano un personaje santo es algo parecido a un amigo sincero, entrañable, al que puede confiar sus penas, pedirle con toda confianza que le "eche una manita" y hasta llamarle la atención cuando no le cumple. Sobre la Avenida Hidalgo, frente a San Hipólito, una mujer robusta obsequia con rosas rojas a miembros agradecidos de la concurrencia; es una acción que repite el día 28 de cada mes desde hace dos años. Hay una actitud de satisfacción en esta muchacha de movimientos y modales ligeramente toscos. La joven, "dedicada a las ventas", regala tantas flores como dinero tenga el día que se celebra a san Judas Tadeo. Piensa que *sanjuditas* es "más milagroso para el trabajo que para otra cosa". Ella siempre le agradece. "Pero cuando no me va bien regalo poquitas flores y lo regaño."

En el trato con los santos los seres humanos pueden tomarse atribuciones. Al fin y al cabo los santitos también supieron de las penurias del vivir en esta Tierra, fueron concebidos como cualquier mortal y comprobaron ser muy aguantadores. A Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo hay que tratarlo(s) con mucho respeto; sería inadmisibles sobrepasarse con Él, por ejemplo poniéndolo de cabeza hasta que nos cumpla o colgándole un listón para propiciar-



San Judas Tadeo.

le la mala suerte a alguien. Con los santos es distinto, al fin cuates, buenos y milagrosos, aunque según la Iglesia sólo Dios hace milagros; los santos son más bien su instrumento, el conducto para materializar tales capacidades.

En el templo de San Hipólito no sólo san Judas Tadeo recibe muestras de fe y agradecimiento. Entre los santos establecidos aquí destaca el popular san Antonio de Padua, "patrón especial de las mujeres estériles y embarazadas, de los pobres y de los viajeros" (*Vidas de santos*). Al lado de la escultura de san Antonio se encuentra una tela enmarcada, cubierta de exvotos, algunas fotografías (de recién casados y de ¿seres amados?) y uno que otro mensaje manuscrito. En un papelito una familia agradece al santo su ayuda para encontrar su automóvil y superar un momento de angustia mayor. Es curioso que ni los especialistas encuentran una explicación satisfactoria de "por qué [san Antonio] es invocado para encontrar objetos perdidos" (*Vidas de santos*). Lo cierto

es que la gente acude a él por ese motivo y porque además es el santo del enamoramiento, patrocinio que tampoco es posible apoyar en algún documento fidedigno. Quizá lo del amor venga por aquello de "los objetos perdidos".

Cuentan que en la capilla del Cerro del Tepeyac, cercana a la antigua Basílica, se encuentra un san Benito, moreno y chinito, acompañado de múltiples listones: "no es muy bueno que a uno lo midan" recuerda esta efigie a sus devotos; una opinión, sobre todo escuchada en el pasado, que se refiere a cualidades con las que aún cuenta san Benito. "Según lo que se quiera provocar en la persona, se cuelga al lado de este santito un listón del tamaño del individuo: blanco, si quiere que sea bueno; amarillo, si quiere que se vuelva tonto; rojo, para que sea valiente, y negro... si se le desea la muerte." Como podemos advertir, a veces "no es muy bueno que a uno lo midan"; no vaya a ser la de malas.

Al lo largo de la tarde, en San Hipólito, en medio de las evidentes muestras de aprecio a san Judas Tadeo, no falta por aquí y allá la aparición de las "cadenas" vinculadas (para mala fortuna de la Iglesia, creyentes y apóstol) a san Judas mismo. Todo sacerdote enterado de tales actos de superstición, todo clérigo ligado a San Hipólito, coincide en afirmar que ponerse a repartir corazoncitos sospechosos, fotocopias-que-piden-que-se-repartan-más-fotocopias y cosas por el estilo, no son acciones de buenos cristianos y menos actos que avale el buen san Judas; todos coinciden, pero varias personas experimentan preocupación cuando llega a sus manos una carta o letrero que "obliga" a repartir un número igual de cartas o letreros, so peligro de miserias y otras catástrofes.

Al caer la noche un hombre conduce a su pequeña hija en el acto de acercar a la gente corazoncitos de papel terciopelo con una monedita pegada. Nadie se anima a coger uno; no vaya a ser que los vendan. Finalmente alguien acepta un corazoncito y al momento varias personas más se apuran a obtener uno; la monedita es muy sugerente. Un señor que ha permanecido atento a las acciones, al comprobar que los corazoncitos no muerden, casi se precipita para conseguir el último. Su sorpresa al leer lo que dice el reverso del objeto, hace que en movimientos continuos mire a otra parte y guarde el recorte en una bolsa de la chamarra; nada más le faltó chiflar como si no pasara nada. No obstante, la "manda" de este corazoncito (traicionero) no es tan cruda: "Jesús R. El próximo día 28 repartirás 28 corazones en una iglesia católica. Gracias."

Nadie sabe "a ciencia cierta" cómo y por qué empezó el entusiasmo masivo por san Judas Tadeo. El fervor al santo es de tal magnitud que incluso ya existe una hermandad que aglu-



tina a “los más selectos devotos” del santito e interviene en la preparación de sus homenajes en el templo de San Hipólito. En un primer momento, el nombre de esta agrupación religiosa hace pensar más bien en una organización deportiva o política, de no ser, sobre todo en este último caso, por el san Judas Tadeo con el que termina la denominación. Una *Novena* publicada por esta hermandad, cuyo nombre completo es Liga Nacional de San Judas Tadeo, afirma en su prólogo que “misteriosamente la devoción al mismo ha tomado en estos últimos tiempos proporciones sorprendentes y cada día se agregan nuevos devotos”. Por mucho tiempo, se reconoce en este prólogo, el buen san Judas corrió con mala suerte debido a una confusión que aún ocurre frecuentemente. ¿Qué culpa tiene él de llevar el mismo nombre del traidor?

Tadeo, explica Paul Guerin, significa —al parecer en sirio— “el Bienhechor”. El otro sobrenombre con el que se identifica a Judas es Lebeo que según este autor quiere decir “el inteligente”. Judas apóstol legó a la historia la Epístola que antecede al Apocalipsis de

san Juan en el Nuevo Testamento. En su Epístola Judas “condena a los impíos, lujuriosos y a aquéllos ‘que tienen en admiración las personas por causa de provecho’” (*Vidas de santos*).

Quizás las confusiones ocasionadas por su nombre, aunado a las condenas de la Epístola de San Judas, constituyan el origen del fervor popular volcado hacia el apóstol Tadeo. Llama la atención, en este sentido, que en la sección “Patrocinio de los santos” de un libro publicado en España en 1950, se mencione sólo una vez a este personaje. San Judas Tadeo, se especifica en la obra *Iconografía de los santos*, es el patrono de los “arrepentidos”. Al parecer, esa facultad de *sanjuditas* ha brincado el charco y se ha colado casi subrepticamente entre las creencias del pueblo mexicano. Vaya usted a saber si es cierto pero por ahí se afirma que el santito es bien estimado por gente de los bajos fondos. Ladrones y prostitutas (unos más arrepentidos que otros, unos más lujuriosos que otros, unos más admiradores de “las personas por causa de provecho” que otros) se acercan con frecuencia a *sanjuditas*.

Con todo, san Judas Tadeo sigue cumpliendo sus funciones a la luz pública como patrón en casos difíciles y desesperados. La señora que ha llegado hoy de Tula para venerarlo explica que en una ocasión la iban a correr de su trabajo. Desesperada, acudió a *sanjuditas*; durante tres meses le rezó y finalmente le dieron su plaza en Pemex. Otra mujer espera a su marido a un costado del templo de San Hipólito. Cuenta que cuando su hijo tenía tres meses de nacido lo iban a operar en el Hospital de la Raza por un problema intestinal. Una señora, al verla tan afligida, le dio una estampita en el hospital con la oración a san Judas. “Récele —le dijo— y le va a ir bien.” El niño tiene ahora nueve años y ella viene a San Hipólito desde que supo dónde se halla el templo. Su marido asiste desde hace siete años “para cumplir una manda”.

Los días anteriores comienzan los preparativos en San Hipólito para dar cabida a las miles de personas que circulan por él a lo largo de esta fecha. Ya en la víspera se había retirado la mitad de las bancas del recinto. Ese día un señor muy moreno de cabello canoso, sentado, casi inmóvil, dirigía sus plegarias a san Judas con la esperanza de encontrar a su familia. “Hace un año que no sé de ellos.” San Judas ya obró en favor suyo un milagro; “hace dos años que ya no tomo”, aseguraba este hombre que vende llaveros y portacredenciales en las calles y al que la bebida le dejó en su cara huellas de color inconfundible. “Ya casi era un teporocho”, confesaba el individuo mientras observaba a los parroquianos que hacían fila a un lado de las puertas de la sacristía; esperaban su turno para llenar botellas con el agua del grifo que abastece la pileta del templo. “La gente busca mucho esta agua bendita; la usa para varias cosas, para ponérsela a los enfermos o regarla cuando tiembla”, explicaba el hombre abatido. Un buen número de los recipientes utilizados para llevar el agua a casa es comprado por los feligreses en el atrio de San Hipólito. Allí, indigentes, unas viejecitas venden frasquitos, botellas y aun garrafones de plástico, todos al parecer bien lavados, pues no muestran residuos del líquido que originalmente contuvieron.

Es evidente la noche. Una multitud comienza a salir de la iglesia. Una mujer “llenita”, cachetona y chapeada, de ojos bonitos, vende hierbas en la calle cerrada al tráfico. “Ramitos, ramitos preparados.” Algunos parroquianos comienzan a responder a su llamado. “Dos mil y tres mil con ajito macho; todo es por el lado bueno, por el lado espiritual.” La mujer, que tiene su sitio fijo de trabajo en el mercado de Sonora, ofrece sus hierbas desde hace tres meses los días 28 en San Hipólito. Los ramitos preparados se componen, hasta donde permite decirlo el secreto profesional, de albahaca, ruda y romero. Cada ramito que vende lo rocía con “agua bendita, agüita espiritual”, que lleva en un frasco con el que previamente realiza una especie de veloz bendición dirigida al cliente.

En las bolsitas donde mete las hierbas agrega semillas identificadas como de nabo dulce o mostaza negra; son “para su bolsa, monedero, el dinero de la venta”. Esta mujer pensó que nunca iba a tener casa propia. Como seis meses antes de lograrlo empezó a rezarle a san Judas. Ahora, en la casa de su propiedad, tiene una efigie del santo, al que le hará un nicho en cuanto tenga dinero.

Un hombre en la esquina de San Hipólito se ve muy favorecido en la venta de lotería, hoy, en la fiesta de san Judas Tadeo. Quizás en esta ocasión la suerte se ponga de nuestro lado. Con el apoyo de *sanjuditas* y un ramito preparado, dos cachitos pueden ser suficientes.◊